

SICALÍPTICO

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA

Año I Núm. 7
Barcelona 20 Febrero 1904

10 CENTS.

© *Biblioteca Nacional de España*

PECADORAS

ESPAÑA EN PARÍS

La bella Otero, es sin disputa, una de las mujeres más notables de esta última centuria.

Es famosa por su claro entendimiento, por su conversación inagotable, salpicada de ingeniosidades peregrinas y donosuras de buen tono; por su extraordinario don de gentes y por su impecable venustidad. Es una mujer terrible, que atrae con ese imán siniestro de los remolinos: es imposible tratarla y no quererla, y dado este primer paso es imposible no seguir amándola, porque su belleza tiene algo diabólico que escandee la carne, como si fuese un veneno.

Por ella se han arruinado muchos nobles millonarios y se suicidaron algunos, desesperados de no merecer sus favores... porque la Otero es también mujer de caprichos, que no siempre se rinde á las seducciones del oro. Estas trágicas aventuras han mancillado su historia con un hilo de sangre y contribuido á exaltar su popularidad y prestigio europeos. Y, ¿quién sabe si, como algunos mal pensados han dicho, esta terrible mujer suele mostrarse insensible algunas veces buscando en el suicidio de sus adoradores un ruidoso reclamo para su belleza?

A pesar de sus disipaciones y de sus treinta años bien cumplidos, la bella Otero parece llamada á conservarse como Diana de Poitiers, en perdurable juventud. Tiene la frente pequeña, orlada de cabellos brillantes y negrísimos; los ojos grandes y habladores y una boca admirable que encierra en el estuche carmineo de sus labios, dos hileras de dientes pequeñines y blancos como pétalos de azahar; y lo más famoso de esta milagrosa mujer es, que su rostro sabe recorrer aún toda la lira del sentimiento, y mirar con expresión de infantil candor y senear



LA BELLA OTERO

castamente. La Bella Otero acaba de obtener en Berlín un gran éxito, quizá de los más grandes que registra en su ya larga historia artística.

El repertorio que ha llevado á la hermosa ciudad alemana es inagotable con el que en más de una ocasión ha logrado no ya entusiasmar sino sacar de quicio á los germánicos.

La fortuna fué siempre favorable á la hermosa gallega y hoy Carolina es riquísima, aunque como siempre derrocha el dinero á manos llenas. Es la más fervorosa sacerdotisa del paganismo, y logra ir siempre acompañada de la grandeza, de la alegría y del amor, y en su cuerpo saleroso y en su alma, continúa llevando la gracia incomparable de la flamenquería española.

ALEJANDRO PITA



En los papeles crueles
esta actriz es un primor;
y según dice un au'or
tiene otros varios papeles
en que está mucho mejor.

DON JUAN

FANTASÍA GARNAVALESCA

¡Pobre don Juan!...
Cuentan que aquella tarde memorable estaba muy triste, muy ahito de recuerdos amargos.

Retirado de la alegre saturnal humana y encerrado en un gran hotel envejecía rápidamente.

Se levantaba con el alba, cuidaba las flores de su jardín, almorzaba en compañía de un viejo criado, escaneándose el Malvasía y el Chipre en copas de oro, y sirviéndose los manjares en deslumbrantes fuentes de plata cincelada; leía, fumaba opio, y más tarde, cuando ya empezaba a sentir la desesperante monotonía de la lectura y del dulce veneno, permanecía soñando...

De pronto, don Juan despertó sobresaltado, frotándose los párpados, cargados de sueño. Por la calle pasaba una estudiantina, ejecutando un paso doble: las guitarras marcaban el compás; las bandurrias atacaban vigorosamente las notas más altas.

Aquella oleada de juventud torció el curso de las meditaciones de don Juan. Pensó en el carnaval, en sus orgías de antaño.

¿Por qué no convertir el frío presente en una parodia del loco pasado?

Para conseguirlo era indispensable dar de lado los achaques, las penas, el buen juicio; y beber para aturdirse, readquiriendo así con el vino su antiguo genio enamorado y batallador...

Y, sobre todo, ir al baile hacia donde seguramente se dirigían aquellas máscaras vocingleras que don Juan sentía pasar en revuelto torbellino bajo sus ventanas cerradas...

El viejo galán salió de su casa mareado por el vino. Don Juan anduvo, anduvo por una ciudad desconocida y a lo largo de calles fantásticas... Al fin llegó al baile. Un baile fantástico, en el cual las parejas, leves

y sutiles como sombras, danzaban siguiendo el ritmo de una música extraña, que venía de muy lejos.

Don Juan iba vestido como en sus buenos tiempos: con sus botas altas, sus gregüescos de seda, su jubón acuchillado, su gorrilla de pluma y su tajante espada de retorcidos gavilanes. En seguida se le acercaron dos mujeres, luego otras dos...

— ¡Es don Juan! — decían.

El sonreía satisfecho, muy ufano de que no le hubiesen olvidado. Ellas le rodearon mimosas.

— ¿No me conoces? — preguntaban.

— No; ¿quién eres?

— Marta... ¿te acuerdas?...



Y quitándose el antifaz, mostró un rostro muy pálido, muy triste de mujer muerta, que don Juan recordaba haber visto años atrás.

— ¡Cómo! — exclamó — ¿aun vives?

— Sí; fallecí hace tiempo, ya sabes cuando... pero esta noche en virtud de un maleficio diabólico he resucitado, para vivir una existencia incomprensible de algunas horas.

Y sucesivamente, aquellas cuatro mujeres fueron descubriéndose:

- Yo soy Carmen - dijo una.

- Yo, Adriana.

- Yo, Beatriz.

Don Juan se sintió presa del vértigo.

- ¿Pero no habíais muerto? - dijo.

- Sí: como tú también has muerto. Tú, pobre viejo, en un baile de máscaras, tan triste, tan viejo, tan desengañado como te hallas, también eres un muerto.



Le llevaron á un palco, junto á una mesa.

Don Juan comió, bebió, charló, procuró regocijarse aturdiéndose, y no pudo. ¡Si estaba muerto! El vino no le produjo contento ninguno; las mujeres tampoco... y aquel vals lejano á cuyo compás bailaban las parejas, produjo en su ánimo un efecto depresivo. ¡Si, estaba muerto, cuando ni aún con ayuda del vino, del amor y de la música, pudo gozar invocando remembranzas perdidas de otros tiempos.

- Vente, don Juan, vente con nosotras, ya que esta noche el Destino nos permite celebrar contigo una boda eterna.

- Pero, ¿no estáis muertas?

- Sí, y tú también; por eso, acostándonos juntos, nuestra noche de amor no tendrá amanecer...

- Vente - dijo Marta cogiéndole de un brazo.

- Vente - agregó Carmen.

- Vente - repitieron Adriana y Beatriz.

Y don Juan, en efecto, borracho, rendido, no tuvo fuerzas para resistir y se dejó llevar...

Fué aquel un viaje fantástico de muchas horas, á través de las tinieblas eternas. Don Juan se había sentado en el suelo, junto á un lago que le atraía con el inexplicable sortilegio de sus aguas inmóviles. El paisaje era extraordinario, rocas altas y oscuras, arbolones escuetos que horadaban el espacio con sus ramas renegridas, animales extraños que atisbaban desde la sombra con ojos fulmineos y que no parpadeaban... Y todo ello inmóvil, muerto, alumbrado tenuemente por un vago resplandor espectral. Al rededor de aquel lago y sentados en la misma orilla centenares de mujeres medio desnudas, con los trajes gironados y los cabellos en desorden, lloraban como plañideras.

- ¿Qué es eso? dijo - don Juan.

- Es tu obra - repuso Marta.

- ¿Mi obra?

- Sí, esas mujeres fueron tuyas; víctimas tuyas, de las cuales tu ingrato corazón ya no se acuerda. Todas vivimos aquí en este infierno, purgando la debilidad de haberte querido... Y ese lago que ves ahí, esas aguas tan inmóviles, tan densas, las formaste tú, con las lágrimas que hiciste derramar...

Todas aquellas plañideras repetían lo mismo:

- ¡Don Juan!... ¿Por qué me abandonaste?...

El no pudo responder, una fuerza misteriosa le oprimía la garganta; y sintiendo que el pedazo de tierra en que yacía resbalaba hacia el abismo, á lo largo de un plano inclinado, cerró los ojos y se dejó morir.

Y así murió don Juan, el burlador inimitable de tantas mujeres; ahogado en un charco de lágrimas...

ARTURO REINA



Los hombres que tienen los mismos vicios, se
satisfacen mutuamente.

Juvenal.



Entre personas de honor la pa-
labra es un contrato.

La Roche.



Las lágrimas pueden
borrar el crimen, pero
no la vergüenza.

Prior.



Una joven soltera es un eni-
gma que no se descifra hasta des-
pués del matrimonio.

Ninón de l'Enclos



Un caso original

En la iglesia parroquial de Dieppe se verificó a mediados del mes pasado, el matrimonio del simpático aventurero francés M. Victorio Dur... con una de las muchachas más gentiles de aquella deliciosa estación veraniega.

Victorio, que desde muy joven había empezado á figurar entre los periodistas parisinos de la extrema izquierda, era gran entusiasta de Bois, Pelladan y demás apóstoles del feminismo, y enemigo acérrimo del matrimonio... ¡esa filantrópica asociación á quien los solteros tienen tantos exquisitos favores que agradecer!

M. Dur... había dispendiado gran parte de su patrimonio en amorosos cascaboleos, y en la calle Bonaparte tenía una bonita habitación de hombre soltero, con un lecho bajito, muelle y envuelto en amplios cortinajes perfumados, por el cual habían pasado muchas heteras de gran fuste y no pocas burguesitas frágiles.

La razón, si así puede llamarse, que tenía Victorio para aborrecer al matrimonio, era una especie de *razón aritmética*, bien original.

Según él, todas las mujeres, sean interesadas ó simplemente caprichosas, reducen el amor á números. Para ellas, el marido es el número *uno* y el amor el número *dos*...; son entidades imprescindibles, inseparables, y esta segunda cifra es la que ponía espanto en el corazón de Victorio y le inducía á huir del matrimonio como uno de los siete temerosos pecados capitales.

—Yo me casaría — pensaba Dur... — si pudiese ser el número *dos* de mi esposa, aunque esa excisión ó multiplicación de mi individualidad, es imposible; y, por otra parte, fiar en su virtud hasta el extremo de no creer que tarde ó temprano me traicionase, es fiar en lo imposible...

Ahora bien: según parece, Victorio Dur... conoció en Dieppe á Elisa B., moza guapísima, rica, tierna, etc., etc., y el empeatado vencedor de tantas

virtudes de *boulevard*, quiere casarse... (Cómo! dirán nuestros lectores, ¿había resuelto el disparatado problema de convertirse en número *dos* de sí mismo? Algo de eso hay, y véase de qué modo tan singular y fuera de carril se las ha compuesto Dur... para no hallarse expuesto al ridículo que amaga á los maridos. Victorio, según se desprende repasando el catálogo de sus numerosas aventuras, es hombre rico, simpático y de recursos, y no le fué difícil encontrar un mediquillo sin visitas que se casase con Elisa B... Victorio puso los naipes boca arriba, explicándole minuciosamente sus proyectos, y el otro aceptó.

— Si usted es reservado y discreto y sabe respetar á esa mujer que sólo le confío en calidad de *depósito*, viviremos siempre juntos y seremos excelentes amigos.

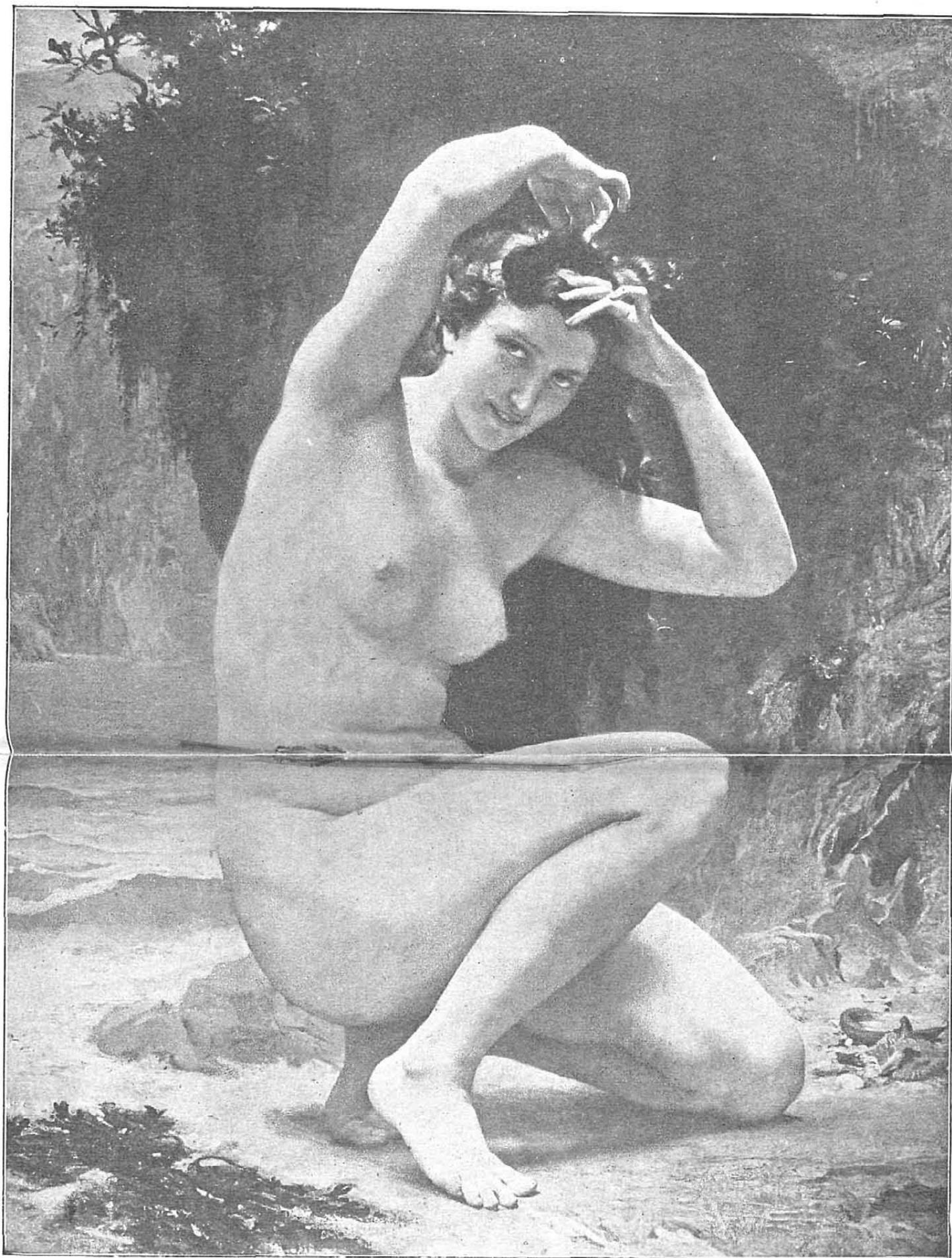
Después le dió algunas instrucciones; él la trataría con poco cariño, pero sería celoso y burraño, vigilándola asiduamente y no dejándola salir á la calle; porque, según Victorio Dur..., que no renuncia á su estrambótico tecnicismo matemático, estos obstáculos son los que aseguran el triunfo del número *dos* sobre el número *uno*... El despreocupado mediquillo transigió con todo y ambos firmaron un contrato, comprometiéndose Victorio á pagarle á su *socio* una renta vitalicia de trescientos francos mensuales, siempre que por causa suya no se deshiciera todo aquel originalísimo caramillo. Una vez determinadas las condiciones, Victorio Dur... puso en juego su influencia y sus amistades, é hizo que Elisa y su futuro esposo, ya convenientemente trajeado y equipado, se conociesen. El asunto fué desarrollándose á pedir de boca y ambos cónyuges acaban de recibir en la iglesia principal de Dieppe, la bendición sacerdotal...

De suerte que el ladino M. Dur... está casado... y no lo está. Ahora sólo desea y procura dos cosas: rendir la virtud de Elisa, empresa que no cree difícil, y evitar que la gentil casadita conozca el engaño en que vive.

— Porque si averiguase las malas artes de que me valí para hacer su número *dos* — dice Victorio muy discretamente, — es posible que tachase mi pasión de insípida y me burlase con un número *tres*...

FRANCISCO BUENO

BELLAS ARTES



CALIPSO.—CUADRO DE BOUGUEREAU.

El gran maestro francés es de los que pueden permitirse el lujo de no ahorrarse los desnudos, ese intrincadísimo problema cuya solución es tan ardua. Nadie como él ha descollado, en nuestros días, en tan difícil género, y son innumerables las obras en que ha representado en toda su triunfante y gloriosa esplendor la forma femenina.

La *Calipso* que figura en esta página, debe ser contada, sin embargo, entre sus mejores obras, y ciertamente que lo merece la heroína griega, tan famosa por el poema homérico á que debe su inmortalidad. La enamorada de Ulises viene á ser como el emblema de las abandonadas por el pérfido amador. Nada valían sus hechiceras gracias, su extraordinaria hermosura ni su ardiente amor para retener en sus dulces cadenas al rey de Itaca, aunque la verdad es que pocos hombres habrá habido más extraños que el esposo de Penélope á las amorosas seducciones.

Triste condición la de las mujeres que, como Calipso, aman para experimentar luego el dolor de verse pagadas con la más negra ingratitude. Ulises era bravo, inteligentísimo, manoso, pero no podía ser jamás

un enamorado por sobrado calculador. La política era para él la primera, diremos mejor, la única preocupación, y para esos hombres no rezan las leyes del sentimiento; harto se ha dicho que la política no tiene entrañas. Otros habría habido, en cambio, que hubieran dado su vida por una mirada de la reina, pues el corazón es así, que no responde, casi nunca, al que desearía ser escuchado.

Bouguereau ha puesto todo su talento al servicio del arte, representando á la hermosa reina en el momento en que después de bañarse en tranquilo estanque, arregla con coquetería sus cabellos para aparecer en todo el esplendor de sus atractivos al gallardo rey de Itaca, el marino más intrépido de su tiempo. ¡Cuán dulces ilusiones no se forja la apasionada amante! Pero ignora que impaciente el extranjero sólo aguarda ocasión de hacerse á la vela ó de escapar á nado, rompiendo las dulces cadenas con que quería ella sujetarle, y prefiriendo los azares de los viajes y las tempestades del mar á la apacible vida en las delicias de la isla, viviendo en ella tan sólo por y para el amor.

UNA DISTRACCIÓN

— El expreso de París sale á las ocho y cinco minutos y ya son las siete y cuarenta y cinco.
¡Qué barbaridad!

Sólo tengo veinte minutos para guardar toda mi ropa, darle un beso al retrato de Enrique, vestirme y marcharme á la estación...

¡Puff!... ¡Qué calor tan horrible! Estamos en Diciembre y sudo, no obstante, como una segadora...

Vaya; no perdamos un instante.

Primero los pantalones, ahora las enaguas y el vestido de amazona. Aunque no... se me puede arrugar. ¡Estos baúles son tan pequeños!...

(Vacila.)

— En fin, bien esta así, lo importante es no perder el tren... ¡Malditas prisas!... Una camisa, dos... cinco... Ahora recuerdo que la lavandera no me ha traído la ropa... ¡Así se muera tísica!... Amén... Estos viajes precipitados son peores que un incendio: lo que no se rompe se pierde.

(Distraída.)

— No puedo olvidar las pretensiones del marqués...

¡Ja, ja!... Decía que no podía vivir sin mí, que yo era su ilusión... Y el muy desvergonzado se atrevió á cogerme del brazo para acompañarme hasta aquí.

¡Qué bruto!

Gracias á que yo le paré los pies diciendo:

— Venga usted mañana, á las nueve. Le recibirá en mi mismo cuarto...

¡Qué cara puso de satisfacción! Y qué cara pondrá cuando venga preguntando por mí y el mozo le diga:

— La señorita se ha marchado á París en el expreso de las ocho y cinco... ¡Ja, ja, ja!... Daría cualquier cosa por estar viéndole por un agujerito...

(Se entretiene un momento arreglándose el pelo delante del espejo. De pronto lanza un grito.)

— ¡Ah!... ¡Qué cabeza la mía! Ya no me acordaba. ¡S a las ocho menos diez, y el tren sale dentro de un cuarto de hora!... Pronto, pronto, venga toda la ropa, de cualquier modo; lo esencial es que no se me olvide nada.

(Coge un retrato que está sobre la cama y lo besa.)

¡Pobre Enrique mío! ¡En qué malas condiciones vas á viajar esta vez. En el fondo de un baúl... Venga ropa, todo revuelto, así, aprisa, aprisa... El sombrero y mis zapatos de baile, juntos... ¡no importa! La sombrilla, el gabán, el impermeable, ya no queda nada.

¡Diablo!... Lo malo es que ahora no puedo cerrar el baúl.
¡Maldita sea mi suerte!

(Llama á la puerta.)

— ¡Señorita Amalia!

— ¿Quién?...

— El mozo que viene por el baúl.

— Espere usted un momento, que no estoy vestida.

— Dése usted prisa, porque el tren sale á las ocho y cinco en punto...

— Ya lo sé.

— ¿Éntro, pues?

— ¡Hombre del demonio!...

¿Cómo quiere usted que le reciba en pantalones?...

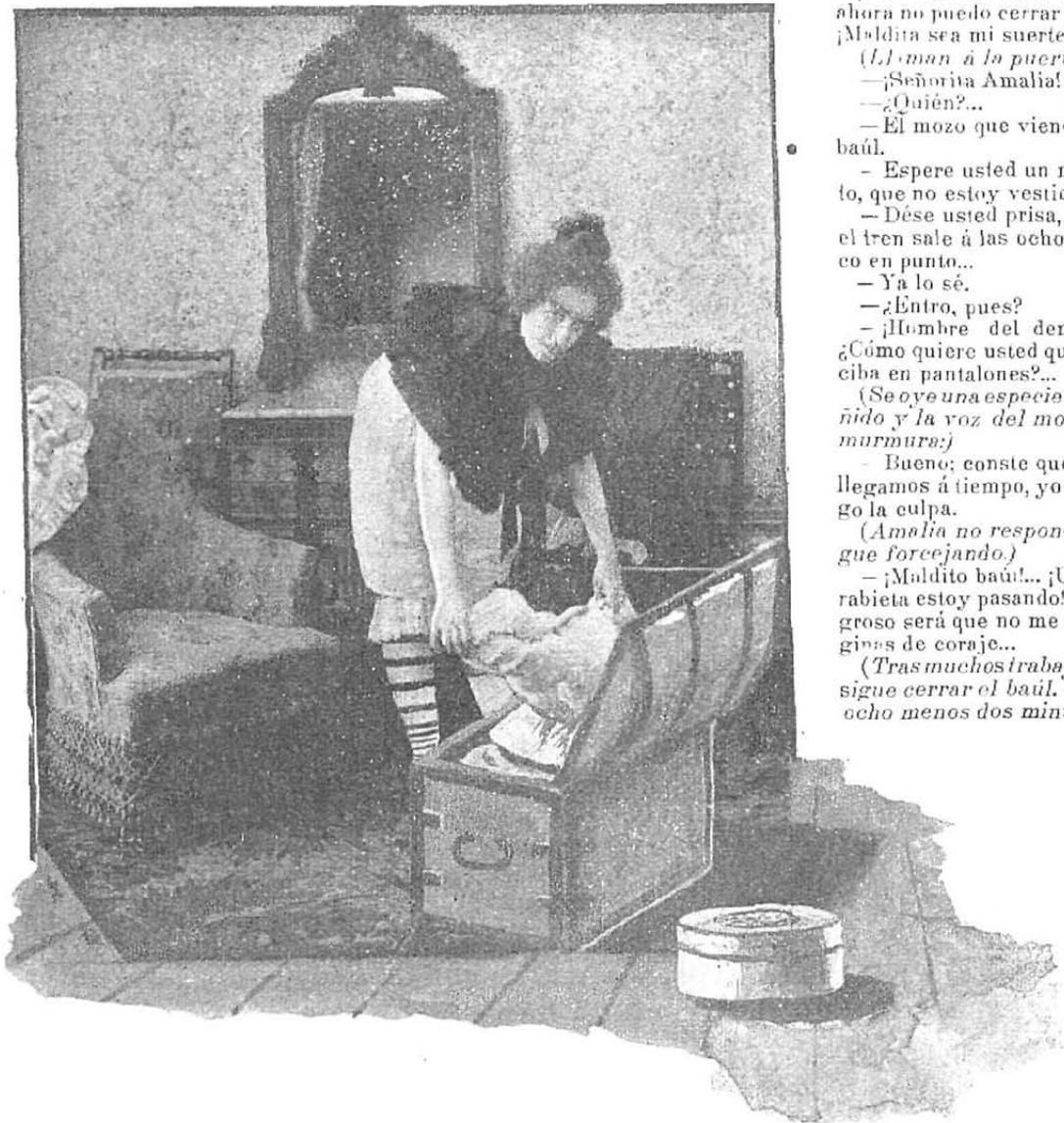
(Se oye una especie de gruñido y la voz del mozo que murmura:)

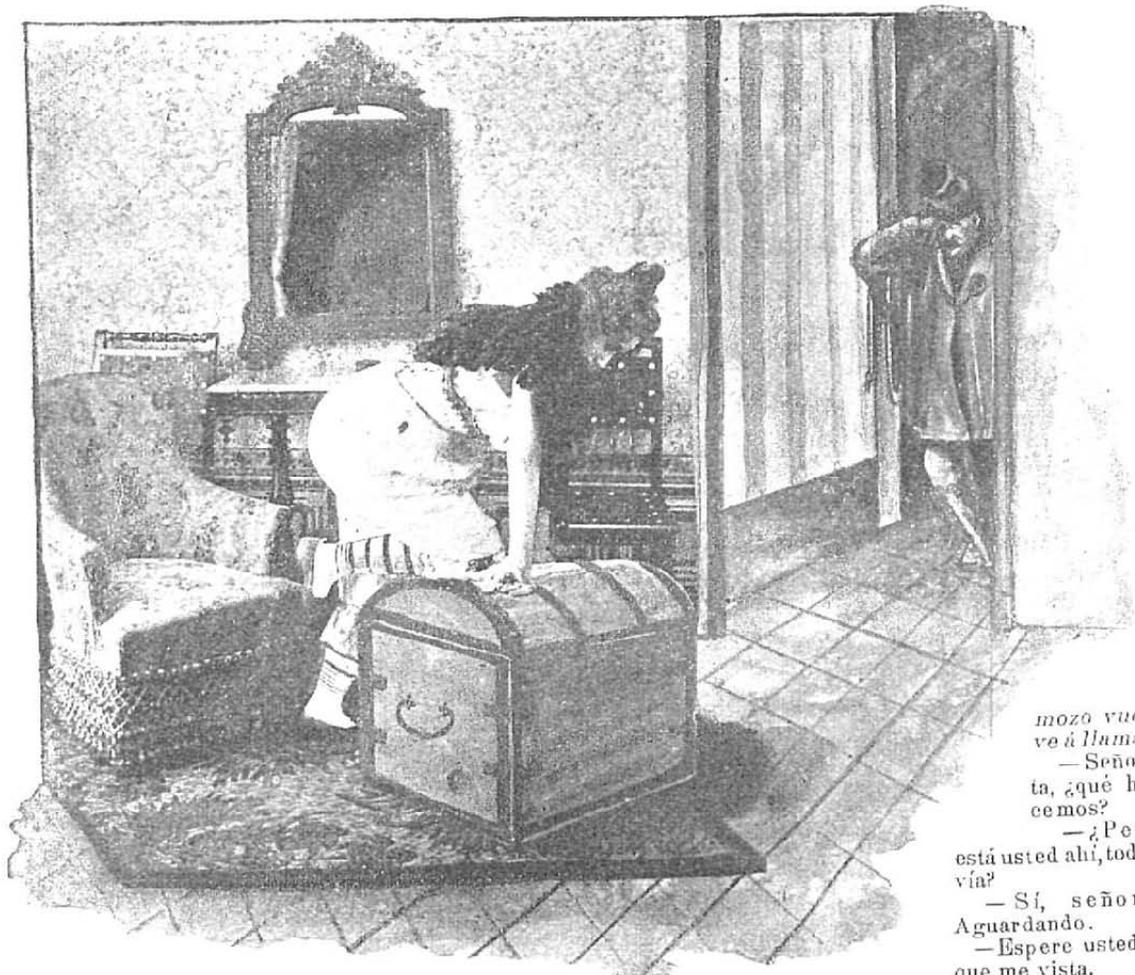
— Bueno; conste que, si no llegamos á tiempo, yo no tengo la culpa.

(Amalia no responde y sigue forcejando.)

— ¡Maldito baúl!... ¡Uy, qué rabieta estoy pasando!... Milagroso será que no me den anginas de coraje...

(Tras muchos trabajos consigue cerrar el baúl. Son las ocho menos dos minutos. El





mozo vuelve á llamar.
 — Señorita, ¿qué hacemos?
 — ¿Pero está usted ahí, todavía?
 — Sí, señora. Esperando.
 — Espere usted á que me vista.

— Perderemos el tren.
 — Un instante nada más...
 — Imposible.

(Ella hace un gesto de desesperación.)
 — Bueno... ¡qué demontre!... entre usted... Estoy casi desnuda pero no importa... Ahí tiene usted el baúl. Vaya volando... le daré cinco pesetas... Factúrelo en gran velocidad, ¿eh?... Yo voy en seguida...

— ¿Cuándo me paga usted?
 Ella le da una moneda. El mozo meneando la cabeza con aire disgustado:
 — ¿Cinco pesetas nada más?
 — ¿Pues, cuánto quieres?
 — Vamos... dé usted algo para echar un trago...
 — Ahí va un real.
 — Deme usted dos y que Dios la bendiga.

(Pausa.)
 — Toma, bruto... ¡pero, corre!... ¡No pierdas un instante!...

(El mozo sale precipitadamente y Amalia permanece un momento cruzada de brazos, descansando. Aun puede disponer de algunos minutos. De repente lanza un grito terrible y se desoloma sobre un sillón, exclamando:)

— ¡Dios mío... si no puedo vestirme!... ¡lle guardado toda mi ropa en el baúl!... ¡Jesús!... ¡Y el marqués que vendrá hecho un fauno dentro de media hora y me sorprenderá en pantalones!...

(En aquel momento aparece el marqués.)

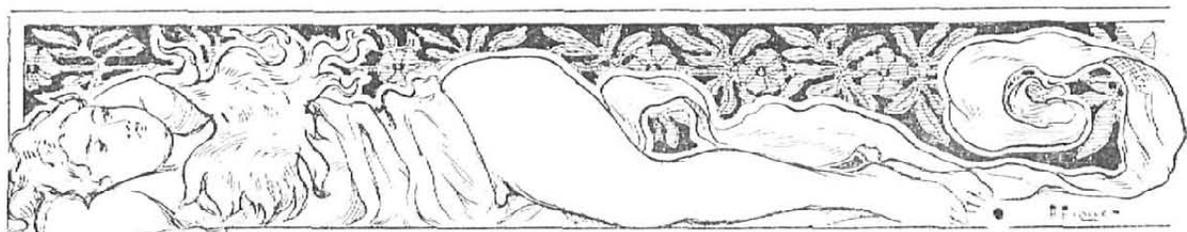
Amalia lanzó un grito.

¡Por fin! exclama el marqués.

(Telón muy rápido.)

J. JORQUERA





—Adiós, mascaritas, no me conocéis.
—Vete, poca substancia... Probablemente no tendrás ni cien pesetas para invitarnos a cenar...

CRÓNICA

«Pasó del Carnaval la alegre fiesta,
la loca orgía del placer paso»...

¡Sí, querido público!... Pasaron las alegres
Carnestolendas, dejándome mucha laxitud
en los miembros, mucha pereza en los pá-
rpalos, mucha fiebre en los labios, porque,
como enseña el adagio,

«el que se acostó borracho,
con agua se desayuna»...

y muy poco dinero en el bolsillo...

Y digo esto, porque el domingo de Piña-
ta no me gusta; la Piñata es el último es-
tertor de un Carnaval agonizante, la cari-
catura de una obra maestra... Por eso estoy
tan triste y he cuidado de adornar mi pe-
ñola, antes de sentarse á redactar esta cro-
niquilla, con un crespón fúnebre.

A las felices pecadoras que en estos tres
días de divina locura fueron al baile se-
dientas de distracción y de retozo, y á los
hombres de buen gusto que supieron echar
á un lado pesadumbres y correr tras *ellas*,
remate de la sal y espumita de lo bueno: á
todos, en fin, los que cumplieron como va-
lientes en la última orgía, me dirijo... El
reinado de los *bebés* y de los arlequines
voicingleros pasó... y ahora que la iglesia
nos llama para ponernos la ceniza en la
frente y recordarnos "que somos polvo y
en polvo miserable hemos de convertir-
nos"... el cuerpo emperizado por los abusos
amorosos y los excesos del vino, siente un
calofrío de pavor y el cielo se nos antoja
más gris, el sol más pálido, el aire más
frío...

Lo cierto es que después de treinta y
seis horas de escándalo, causa malísimo
efecto oír hablar de moral, y que en la ma-
ñana de un Miércoles de Ceniza nuestras
ciudades ofrecen el aspecto aburrido de un
manicomio cuyos moradores hubiesen ad-
quirido repentinamente el uso de la razón.

El estallante recuerda que las amigas le
han dejado sin dinero, y al oír la voz de su
patrona que tragina y refunfuña por los
pasillos, piensa en que la debe dos meses
de pupilaje... y en los objetos pignorados...
y en el pavoroso manojito de papeletas de
empeño que están en la mesilla de noche...

El hijo de familia se levanta temprano y
sacudiendo la pereza del último baile, se
pone á estudiar la lección que al día si-
guiente le preguntarán en el colegio; y el
papá, que la víspera no durmió en casa so
pretexto de velar á un enfermo, rehuye las
miradas de su esposa como hombre que no
tiene la conciencia limpia, y se marcha á
sus cotidianos quehaceres con rostro ma-
cilentó y de pocos amigos...

Las *momentáneas* se despiertan tarde y
contemplan con aire de disgusto á su último
amante que ronca con la boca abierta... y
algunas, las que se acostaron muy borrachas,
se admiran de haber dormido con un hom-
bre que no conocen y cuyo nombre tampoco
recuerdan... Después cogen un espejo para
mirarse, y rara es la que puede reprimir
un grito de sorpresa. Todas tienen los la-
bios secos, las orejas abultadas, las mej-
jillas enflaquecidas por el insomnio y la
orgia... Pero estas reliquias del pecado se
borran pronto; con una noche de descanso
ó un buen almuerzo. Donde el Carnaval deja
recuerdos más tristes es en las *demi-viér-
ges*, que diría Pré-
vost; y en las doncellitas que fueron al baile
buscando un burlador simpático que las iniciase en el pecado...
A muchas de ellas les queda un amante, á algunas, un hijo...

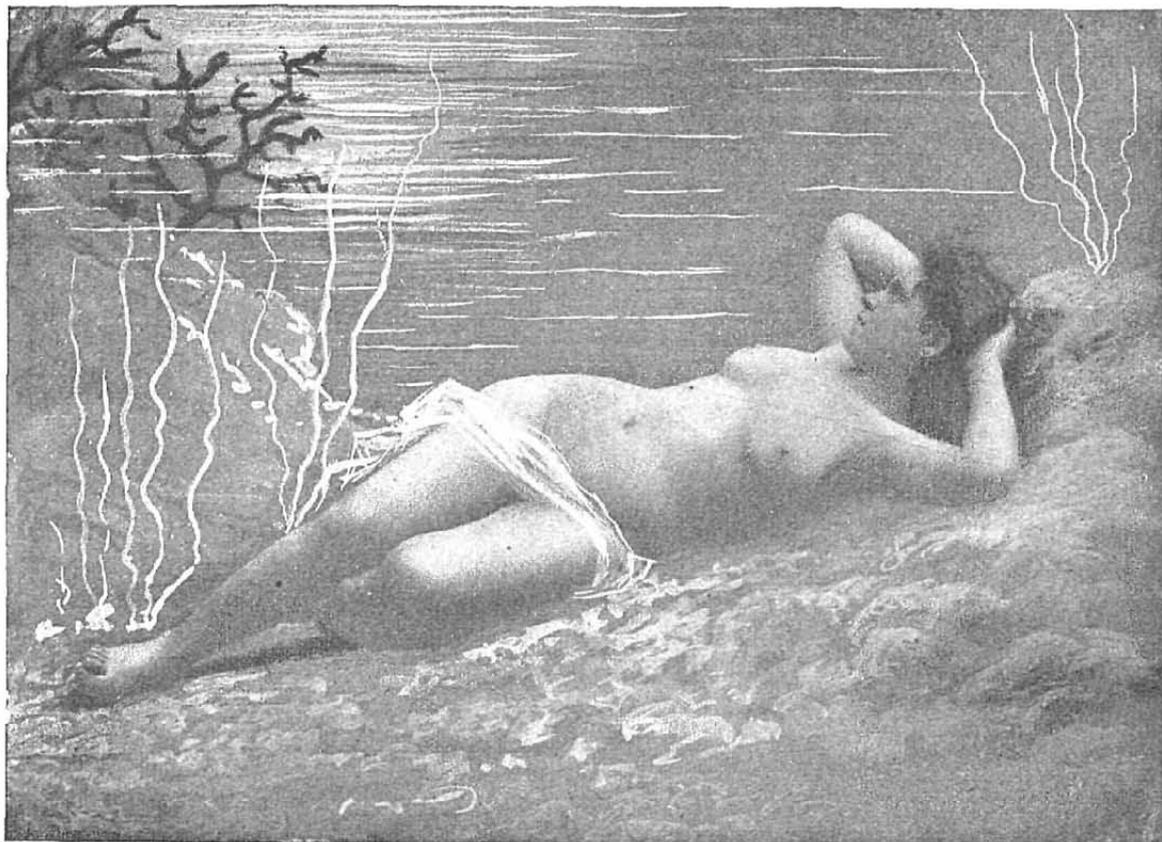
¡Los hijos del Carnaval! Pero, en fin, aunque el domingo sea el estertor de un Carnaval agonizante, la caricatura de una obra maestra... como antes decíamos... y aunque nos esperen horas de meditación y de ayuno... en noche de Piñata y quien no tenga ganas de bailar... ¡que nos arroje la primera piedra!...

L. DE MONTEMAR



Un modelo de hermosura
(y no sé si de virtud)
que, á juzgar por su postura
y su traje y su actitud,
parece estar demostrando
ser modelo de un artista,

que sin duda, está pintando
un cuadro naturalista.
Si cual hermosa, es amiga
del retozo y del amor,
¡válgame Dios, que fatiga
pasará el pobre pintor!...



Recostada en el césped perfumado
en lángido a temán, su cuerpo hermoso

es un modelo fino, y apropiado.
para expresar la idea del reposo.

El que quiera pasar un rato agradable y distraer las horas de mal humor, que lea las obras que á continuación se detallan, al precio de

Cincuenta céntimos tomo

OBRAS DE PAUL DE KOCK

El señor Dupont.
Marido sin mujer.
Una barbilana.
El cornudo.
Georgina.
La señora de Pantalón.
La inocente Virginia.
Rosita y Rosina.
Un marido infiel.
La hija adúltera.
El hijo de mi mujer.
Taquiné el jorobado.
La señorita del piso quinto.
Los milagros del amor.
A lo que obliga un desliz.
La duquesita.
La pérdida Fanny.
La mujer, el marido y el amante.
El hombre de los tres calzados.
Las mujeres, el vino y el juego.
La joven de las tres enaguas.
La joven de los tres corsés.
Las travесuras de Frasquita.
La lechera de Montfermeil.

La explotadora de amantes.
El amor por las calles.
Gustavo el calavera.
La señora de Cucurrucho.
La rival de su hija.
Un marido en busca de su mujer.
Andrés el saboyano.
Ni viuda, ni casada, ni soltera.
La querida del coronel.
El demonio de la alcoba.

COLECCIÓN GALANTE

EDUARDO ZAMACOIS
Noche de bodas.
El lacayo.
Bodas trágicas.
Amar á obscuras.
LUIS DE MONTEMAR
Semana de amor.
El misterio de Lucia.
La señorita del entresuelo.
J. MENÉNDEZ AGUSTY
Las ligas de Juanita.
La viuda inconsolable.
Serafina la corista.
El cazador de doncellas.

DIONISIO PÉREZ

La doncella de mi mujer.
Las siete noches de Florinda.

FÉLIX LEMENDOUX

La vendedora de guantes.
La noche del estreno.
El corsé rojo.

JOAQUÍN SEGURA

La venganza de Carmela.

MIGUEL SAWA

Fernando el calavera.

ROBERTO ROBERT

Amores funestos.

ENRIQUE D'ARTAGNAN

Los zapatos blancos.
Camisa-Verde.

R. RUIZ LÓPEZ

Las medias bordadas.

CARLOS CHIES

La mujer del otro.

JOSÉ FRANCÉS

Abrazo mortal.

Pidanse en to los los kioskos, librerías, ó mandando su imp orte en libranzas, sellos, etc., al Administrador de SICALÍPTICO, Barcelona.

IMP. DE P. TOLL.—BARCELONA

ADMINISTRACIÓN
Rambla del Centro, 36 y 38, Barcelona.

Dirigir la correspondencia al Administrador de SICALÍPTICO.—Barcelona.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES QUE SE NOS ENVIEN





XIII.—Pero falta lo más importante. ¿Habían creído ustedes que Lili iba á bañarse con camisa y to lo? De ninguna manera! Por algo se trata de una *intimidad*: y en esta intimidad sobra toda clase de ropa. Lili no es como aquel *esteta* tan delicado y tan ruboroso de suyo que por respeto al pudor, pedía un bañador siempre que se bañaba solo. Ella no tiene necesidad de reservarse puesto que está sola. El joven noruego aguarda en el gabinete y no hay miedo á que la sorprenda. No es que esto la asuste de una manera absoluta; pero está tranquila por estar sola.

Además sería un crimen estropear una camisa de seda cada día, solamente para el baño.

¡Ahajo, pues!

Hay que procurar que no le toque el agua.

Por eso, precisamente, Lili, con una delicadeza de gata, va despojándose de ella.

Acaba de soltarla de un lado .. Pero ¡con qué monería... sujeta lo demás!

EL BANO DE UNA FRANCESITA



XIV.—*Finis coronat opus.*

En el actual momento histórico, Lili se encuentra tal y como vino al mundo: con la diferencia de que ha crecido lo suficiente para que tomen valor muchísimas cosas que no pueden apreciarse en una recién nacida.

Ahí la tienen ustedes: sentada en el baño, el agua le llega hasta más arriba de la cintura y está esperando momento de decisión para dar la zambullida total que la cubra por completo. La detiene el miedo á humedecerse el cabello, del cual ella misma está enamorada. No le gusta perder todo ese ornato de rizos y de bucles ensortijados que el agua ha de deshacer. Pero ¿qué remedio queda? ¡Pecho al agua! Dentro de poco Lili estará acostada casi en el fondo de la pila. ¡Cuánto tiempo permanecerá así! ¡*Chi lo sé!* El tiempo suficiente para que mientras ella se refresca... el joven noruego arda como una tea.

Y nosotros también. ¡Lástima no poder asomarse al fondo de la pila!—(Concluirá en el número próximo.)



XI.—Paquita sigue estudiando el monólogo, y sin poderlo remediar llega á imaginarse que ya está casada y que su dulce dueño ha cumplido maravillosamente todos los deberes conyugales.

¡Qué íntimo contento! ¡Qué paz en el espíritu! ¡Qué apacible correr el de la sangre! La juventud de Paquita ha cumplido su misión terrenal, y su pecho amplio y firme se deleita henchido de gozo. El amor la posee de pies á cabeza inundándola de placer, y al arrullo de las caricias del esposo, que la besa en silencio, siente que un letargo delicioso aloja sus miembros y cierra sus ojos. La realidad se confundirá con el ensueño. Soñará que es feliz bajo el dominio amoroso de su dueño y se despertará entre sus brazos. Todo lo que la mente finja lo hará tangible la realidad.

Paquita deberá estrenar este monólogo al día siguiente de su boda. ¡Con cuánta propiedad lo representará!

El «Camerino» de las artistas



XII.—¿Ustedes no conocerán á Nievecitas, á la simpática Nievecitas, ¿verdad? Pues aquí la tienen. La pobrecita es huérfana, y desde su más tierna edad sintió por el teatro verdadera vocación. A los siete años representaba con sus hermanitos comedias caseras, á los catorce hizo con su primo *Los Amantes de Teruel* y á los dieciséis *Divorcios*. A los veinte años se marchó á Buenos Aires; allí ha permanecido cinco más, y hace un mes que regresó á España dispuesta á eclipsar á todas nuestras estrellas.

Apenas desembarcó la hicieron proposiciones brillantísimas que aceptó en el acto, pues no sabe vivir fuera del escenario. Es una artista de corazón. Cuando se entusiasma hace prodigios, y se entusiasma con frecuencia. No le gustan los monólogos. Dice que son muy insulsos, que no satisfacen ni se puede una actriz lucir en ellos. Indudablemente tiene razón.—*Se continuará*)